

Diez años después: recuerdo de Ignacio Martín-Baró.

Luis de la Corte Ibáñez.

Universidad Autónoma de Madrid, Dpto. Psicología social y metodología.

E-mail: luis.cortes@uam.es

Quizá la opción más radical que confronta la Psicología centroamericana hoy radica en la disyuntiva entre un acomodamiento a un sistema social que personalmente nos ha beneficiado o una confrontación crítica frente a ese sistema...No se trata de abandonar la Psicología; se trata de poner el saber psicológico al servicio de la construcción de una sociedad donde el bienestar de unos pocos no se asiente sobre el malestar de los más, donde la realización de los unos no requiera la negación de los otros, donde el interés de los pocos no exija la deshumanización de todos.

Como psicólogos no podemos volver la espalda a los procesos socio-políticos, bajo la disculpa de que no son de nuestra incumbencia. Lo son y ello por requisito de nuestro trabajo a favor del desarrollo humanizador e integral de los grupos y personas.

Estas palabras, repletas de emoción, idealismo y rabia fueron escritas hace ya más de diez años por uno de los psicólogos que en este siglo han podido hablar con más conocimiento de causa sobre las vergonzantes condiciones en las que aún viven una enorme porción de la humanidad y sobre la evidente ceguera que la propia Psicología ha padecido en relación a esas mayorías populares empobrecidas, explotadas y tantas veces masacradas durante este siglo. Autor de una voluminosa y estimable obra (más de cien títulos entre libros y artículos científicos), Ignacio Martín-Baró (Valladolid 1942-El Salvador, 1989), psicólogo y sacerdote jesuita dedicó la mayor parte de sus investigaciones al estudio de la compleja y sangrante realidad social y política de un pequeño país centroamericano, El Salvador, en donde trabajó como profesor de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), de la que fue vicerrector y encargado del departamento de Psicología y Educación y donde fundó un importante instituto de opinión pública, el IUDOP.

Pero aunque la importancia de este autor y de su obra constituyeran motivos suficientes para traerlos a este rincón del ciberespacio psicológico, las razones por las que hoy lo recordamos resultan mucho más tristes y lamentables. Razones que no se les escaparán a los que, visitando esta página, conozcan ya previamente el nombre y la historia personal de su protagonista. La UCA fue -y sigue siendo- una institución que jugó un papel crucial en la vida pública salvadoreña, especialmente durante la década de los ochenta en la que el país libró una cruenta guerra civil y respecto a la cual dicha institución ejerció una intensa labor de análisis y crítica sobre el proceso bélico y de búsqueda de soluciones pacíficas al mismo, a través de las voces de sus tres máximas figuras intelectuales: la de su rector, el filósofo y teólogo Ignacio Ellacuría, la del sociólogo Segundo Montes y la de nuestro Ignacio Martín-Baró; españoles todos ellos, por cierto. La obra de Martín-Baró se vio fuertemente influida en ese sentido por el conflicto bélico, al que dedicó numerosos trabajos de carácter científico, al igual que sucedió con la de sus otros dos compañeros de orden. Las alusiones que él mismo solía hacer en algunos de sus textos a ese influjo que la guerra ejerció sobre su propia vida intelectual, y sobre la de sus compañeros de la UCA, llegarían a adquirir de hecho una

triste dimensión premonitoria. Así, por ejemplo, en la introducción al primer volumen de *Psicología social desde Centroamérica*, su obra más conseguida (que está esperando una edición que la ponga a disposición del lector hispanohablante), y tras referirse a la trágica situación de absoluto desprecio a los derechos humanos que caracterizaban a El Salvador a principios de los ochenta, Martín-Baró reconocía las dificultades que entrañaba su trabajo de esta manera: <<Como científico social, no es fácil vivir desde dentro un proceso tan convulso. Y no lo es por muchas razones, extrínsecas unas, intrínsecas otras. La dificultad más obvia proviene del riesgo que corre la vida de quienes pretender iluminar los problemas que están a la raíz del conflicto o contribuir a la búsqueda de su solución>>. No sería hasta seis años después cuando el autor de estas líneas terminaría de descubrir toda la verdad que ellas pudieran transmitir, cuando en una aciaga madrugada del mes de noviembre fuera él mismo quien abriera la puerta a los soldados del batallón Atlacatl, sangrienta sección de las Fuerzas Armadas salvadoreñas que entró en la UCA a cumplir la escueta y cruel orden que les había sido dada desde más altas instancias: acabar con los subversivos jesuitas de aquella incomoda Universidad, aprovechando el clima de confusión que reinaba en la capital del país a consecuencia de la ofensiva que la guerrilla había iniciado en las horas precedentes: <<Esto es una injusticia. Son ustedes una carroña>> les espetó Martín-Baró a los soldados al encontrarlos frente al portón de la residencia de jesuitas. Última vez que su poderoso y ronco vozarrón, fatalmente interrumpido para siempre a golpe de metralla, llenó los aires de su amado recinto universitario. Junto a él cayeron luego Ignacio Ellacuría y Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Amando y Joaquín López, compañeros jesuitas de origen igualmente español y Elba y Celina Ramos, empleadas de la UCA que al haber presenciado las ejecuciones previas firmaron su sentencia de muerte. Todo esto ocurrió, hace ya diez años, el 16 de noviembre de 1989.

Hoy, los nombres de aquellos valientes jesuitas han pasado a formar parte del amargo relato de la pasión de la humanidad del que nos habló Walter Benjamin para recordarnos el deber de la memoria (*La memoria, esa fuente del dolor*, como dijo una vez Camilo José Cela) como antídoto moral frente al incierto e inquietante futuro al que aún debe enfrentarse una gran parte de la humanidad y del que todos somos responsables, incluidos los que, por habitar en un mundo supuestamente desarrollado, nos creemos salvados de antemano de todos los peligros y horrores de esta vida. Y es mucho más nuestra intención de apelar a esa responsabilidad con respecto a las generaciones y los pueblos presentes y futuros, que el carácter ciertamente trágico y hasta morboso del violento episodio evocado lo que nos mueve a ocupar este espacio de la red en honor a Nacho Martín-Baró. Porque él creyó firmemente que semejante clase de responsabilidad respecto a la instauración definitiva e irreversible de la dignidad humana en el mundo debería ser una preocupación constitutiva de la ciencia social (como lo habían creído también sus mismos padres fundadores: Comte, Marx, Tocqueville, etc.), tal y como queda indicado en las dos citas tuyas con las que iniciamos este texto. Aparte de una interesante y valiosa producción científica, especialmente conectada al ámbito de una Psicología política, la obra de Martín-Baró constituye el ejemplo excepcional de una Psicología social crítica que no renuncia ni a su obligación moral de atender a los problemas humanos que definen a la realidad social circundante ni a un proyecto emancipador que dé sentido a semejante empresa intelectual. Acaso su asesinato y el de sus compañeros sea una buena réplica a quienes aseguran hoy que no hay posibilidad de hacer de la Razón una práctica emancipadora (opinión, por otra parte, que de ser aceptada nos conminaría a preguntarnos por el

sentido de una ciencia social resignada al sinsentido...). Después de todo, si el trabajo de Martín-Baró fue tan inútil, ¿por qué se preocupó nadie de acabar con su vida?.